

INTRODUCCION

Enmarcada entre las estribaciones montañosas noroccidentales de Sierra Morena y la costa atlántica, se localiza una amplia comarca de la Península Ibérica, definida por las cuencas del río Sado y la del Bajo Guadiana, hasta el inicio del tramo de desembocadura de éste.

Tres quintas partes de su territorio están comprendidas dentro de las actuales regiones portuguesas del Alto y Bajo Alentejo, en las que se emplazan poblaciones principales como Évora, Setúbal, Estremoz, Elvas, Beja, Serpa, Mértola o Santiago do Caçém, por citar algunas con mayor entidad urbana, mientras las dos quintas restantes se extienden por las tierras occidentales de la provincia de Badajoz, abarcando las estribaciones del norte de Huelva (Aroche y Aracena).

Son territorios unidos por rasgos comunes en lo geológico, metalogenético, edafológico y climático, que responden al aspecto de una comarca natural definida por las dos citadas corrientes principales y sus afluentes, como agentes unificadores y por las montañas, como delimitadores.

En sí, estas características explican su plena inclusión en las tierras occidentales de la Península, puesto que esta Comarca, que de Oeste a Este abarca algo más de doscientos kilómetros, queda condicionada por su naturaleza de transición entre la Meseta y el Océano. Este paso es gradual, sin las rupturas orográficas del reborde oriental de las provincias españolas de Cuenca y Albacete, y con la presencia de los cauces del Sado y Guadiana que, ante el escaso declive occidental, orientan su marcha hacia el Sur, (donde sí existe un límite orográfico, del que destacan las estribaciones de Sierra Morena Occidental y del Algarve). De esta forma, queda integrada en el Perímetro peninsular y unida a la Submeseta Sudoccidental.

El hallazgo de espectaculares piezas y materiales « prerromanos », como el depósito de Garvão o las placas áureas de La Martela, y las excavaciones de

poblados como la Alcazaba de Badajoz, Segovia, Alcácer do Sal, Miróbriga, Belén, Nertóbriga o Capote, han comenzado a documentar un interesante panorama arqueológico de una desconocida protohistoria del Suroeste Peninsular sólo representada, hasta hace unas décadas, por la atípica personalidad de escasas necrópolis como las de Alcácer o las tardías de los alrededores de Elvas.

Esta reciente documentación va permitiendo conocer la presencia de una rica y personalizada amalgama de pueblos prerromanos que fueron vagamente definidos por las Fuentes Clásicas literarias como « Celtici » o « Keltikoi ».

También dentro de este ámbito se contemplan los hallazgos de la cuenca del Ardila (Azougada, Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, Capote, Nertóbriga, Belén), en el Suroeste extremeño, donde la especial concentración requería un esfuerzo globalizador de los datos conocidos, con el fin de valorar el conjunto y confrontarlo, en lo posible, con las informaciones inferidas en los textos y fuentes literarias, y epigráficas, grecolatinas. De esta forma se pueden establecer conclusiones que no por iniciales son menos necesarias para definir las pautas de futuras investigaciones arqueológicas.

De un primer intento, presentado como Memoria de Licenciatura en la Universidad Autónoma de Madrid y por el que se nos otorgó el Premio Extraordinario de Fin de Carrera, se utilizaron los resultados como campo de pruebas para un más ambicioso desarrollo que, encauzado como Tesis Doctoral, abarcase la amplia región de estos « Célticos » del Suroeste.

En este sentido hemos iniciado el estudio de ciertas líneas de interés al considerar las pautas de ocupación del suelo, el desarrollo del hábitat protourbano o la evolución de una rica, interesante y desconocida cerámica hecha « a mano », de apasionantes soluciones decorativas. Y, además, se han realizado, entre otras actuaciones de campo, las excavaciones del castro de Capote (1987-1991)

que, ya tras su segunda campaña, comenzaron a dar evidentes muestras de valía en cuanto a sus niveles de ocupación del período en estudio, proporcionando importantes informaciones y materiales inéditos que, ampliados con el análisis de los recuperados en la Alcazaba de Badajoz (1977 a 1986), en el castro de Nertóbriga (1987) y, en Portugal, en la excavación de Pomar 1 (1978), junto con otros procedentes de un centenar largo de estaciones arqueológicas portuguesas y españolas, han permitido el desarrollo de las citadas líneas de investigación.

Todo ello se ha sintetizado en las páginas escritas a continuación, que presentan una Comarca ocupada con pequeños poblados, en alturas de difícil acceso y emplazamiento estratégico, situadas para la explotación de sus entornos inmediatos y denominadas, en la toponimia actual como «castros», «castrejones», «castellares» o «castelos velhos».

Aunque poco conocidos, muestran, desde el siglo V y especialmente desde el IV a. C., una fuerte relación con las restantes regiones occidentales, y algunas septentrionales, de la Península. Además, observan los efectos de la cercanía y penetración de las rutas comerciales del Mediterráneo, que explican el hallazgo de piezas, como las cerámicas griegas, ibero-turdetas y «campanienses», vestigios de los constantes contactos con las tierras béticas, al otro lado de Sierra Morena. En este sentido hemos podido demostrar la existencia de diferentes pautas culturales entre los asentamientos de la costa —con los arquetipos de Salacia/Caetobriga—, los situados junto a vías importantes de penetración, como los ríos —Badajoz, Azougada—, y los localizados en tierras del interior —Castro de Capote, Nertóbriga—.

De sus estructuras constructivas, la organización interna de los poblados e, incluso, de sus necrópolis, el estado inicial de las excavaciones, o su categoría de sondeos, permite conocer menos datos de los deseables. Son, sin embargo, suficientes como para poderse mantener la existencia de sistemas de ocupación pre-«urbanos», definidos por el aprovechamiento, adaptación y modificación del subsuelo rocoso y sus accidentes para el hábitat y, entre sus consecuencias, por la presencia de la estancia de paredes curvas o rectas, que se agrupan en unidades ocupacionales abiertas a «patios» o espacios comunes, formando núcleos independientes que configuran el poblado —El Castañuelo, castro de la Martela, Corvo 1—, pero también está demostrada la existencia de esquemas protourbanos desde los tiempos más antiguos, tal como puede documentarse en los castros de Capote y, probablemente, Segovia.

La carencia de ricas importaciones orientalizantes u orientales, propias del periodo anterior, la presencia de una cultura material con tipos y gustos continentales, especialmente definida por la cerámica «a mano» y la ornamentación estampillada, y la observación de una progresiva ocupación más intensa del suelo, en busca de la explotación de yacimientos de hierro, más que la instalación de escasos poblados dominadores de encrucijadas de caminos, diferencian los finales del siglo V, y plenamente el IV a. C., de los tiempos anteriores y permite hablar, junto con otros rasgos, de un nuevo período cultural y cronológico que, por pulcritud técnica, pudiera denominarse Segunda Edad del Hierro.

Finalizando de forma lenta y progresiva con la definitiva adscripción de la Comarca al dominio romano, en la primera mitad del siglo I a. C., se observa una lógica evolución desde el panorama acabado de presentar hasta una sociedad más abierta, recogedora de influencias y relaciones culturales con el Mediodía, así como potenciadora de sus vínculos naturales con el Atlántico, que durante el siglo II a. C. va a ser testigo, factor y víctima de las constantes evoluciones bélicas que, en el Suroeste, configuran las relaciones entre los lusitanos, la Turdetania y Roma.

El conocimiento que de ella tienen los militares, científicos y políticos de Roma nos llega por medio de algunas notas vertidas en las recopilaciones de Estrabón, Plinio «el Viejo», Apiano, Livio o Polibio que, junto con los testimonios epigráficos, muestran una región poblada por gentes que responden al genérico gentilicio de «célticos» y cuyo sector sudoriental, en los límites de Badajoz y Huelva (cuenca del Ardila), conforma la llamada «Beturia de los Célticos».

Los nombres de sus poblados, ríos y habitantes o sus creencias y costumbres eran vistos como propios y procedentes de la Hispania Céltica (con el concepto de «celticidad acumulativa» de Hawkes bien alejado de las viejas explicaciones invasionistas), consideraciones que hoy se han reforzado con el estudio de la epigrafía, toponimia e hidronimia, que con claridad ofrecen una genérica visión parangonable con la del resto del Occidente Peninsular. Todo ello, junto a otras aportaciones surgidas del sistemático y riguroso proceder metodológico de la Arqueología actual, ha permitido esbozar un panorama notablemente enriquecido sobre los que pueden considerarse como integrantes del «último descubrimiento cultural de la Europa protohistórica».

Esperamos que las próximas líneas, en vez de cerrar puerta alguna, sirvan de espólón para cons-

tructurativas confrontaciones que permitan profundizar en nuestros conocimientos y consolidar los lazos comunes que, en nuestros orígenes, tuvieron los pueblos españoles y portugueses dentro de esta amplia panoplia cultural europea que se configura hoy como el «Mundo Céltico».

Por último, y como la más grata misión de las que hemos llevado a cabo, debemos y queremos expresar nuestro agradecimiento a quienes, desde la sombra y sin directa responsabilidad por nuestras imprecisiones, han hecho posible este estudio: a la doctora M.^a Rosario Lucas Pellicer, inestimable y paciente directora, que supo derrochar amabilidad y experiencia en los momentos más difíciles de este proyecto; a los profesores doctores Concepción Blasco Bosqued, Isabel L. Rubio de Miguel, Fernando Quesada Sanz, Alicia Canto de Gregorio, Alberto Canto García, Juan Blánquez Pérez Carmen Fernández Ochoa y Manuel Bendala Galán, de la Universidad Autónoma de Madrid, por sus constantes consejos y directrices; a los doctores Martín Almagro-Gorbea, de la Universidad Complutense; Fernando Fernández Gómez, del Museo Arqueológico de Sevilla, y Francisco Burillo Mazota, del Colegio Universitario de Teruel, por sus importantes apreciaciones en la lectura del trabajo, desarrollado como Tesis Doctoral; al director del Museo Provincial de Badajoz, don Guillermo Kurtz Schaefer, y a su predecesor, el actual director del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, don José M. Álvarez Martínez, por sus abiertas colaboraciones en el estudio de los materiales depositados en el Museo Provincial; a los arqueólogos doctora Alicia Arévalo González, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid; doctor Alonso Rodríguez Díaz, profesor de la Universidad de Extremadura, a quien debemos la importante ayuda recibida con el manejo de su tesis; al doctor José M. Fernández Corrales, de la Universidad de Extremadura; a don Jose Luis de la Barrera Antón, conservador del Museo Nacional de Mérida, y doña M. Jesús Carrasco Martín, directores respectivos de las excavaciones de Belén (Zafra), Los Castillejos (Fuente de Cantos), La Martela (Segura de León), Nertóbriga (Fregenal de la Sierra) y Castillo de Jerez de los Caballeros, por habernos permitido estudiar materiales y facilitado información inédita sobre sus recientes campañas. No podemos olvidar el importante papel que los registros y la estratigrafía de la Alcazaba de Badajoz han jugado en esta obra. La amabilidad y aquiescencia del doctor don Fernando Valdés, director de sus excavaciones, ha permitido este resultado.

No fue menor, por extensión y riqueza de yacimientos y materiales, la contribución que recibi-

mos de nuestros amigos y colegas portugueses, que nos acompañaron y enseñaron en sus investigaciones durante los tres últimos años. A nuestro querido, y nunca olvidado, doctor don Caetano de Mello Beirão, cuya paciencia y opiniones sirvieron para enriquecer notablemente este estudio, y cuya irremediable partida tuvo lugar una vez redactado gran parte del trabajo final; a Rui Parreira y Carlos A. Sousa Silva, responsables y buenos amigos del Serviço Regional de Arqueologia do Sul (Evora) del Instituto Portugués do Património Cultural, quienes siempre han estado y están a nuestra disposición; a Mario Varela Gómez, arqueólogo y arquitecto de reconocido prestigio; a nuestro buen amigo y compañero el doctor don Virgilio Hipólito Correia, del Museu Monográfico de Conimbriga, con quien recorrimos y disfrutamos el Alentejo de arriba a abajo, y a los doctores don Manuel Mascarenhas, de la Universidad de Evora, y don Carlos Fabião, de la Universidad de Lisboa.

También tenemos que expresar nuestro agradecimiento a la Dirección General del Patrimonio de la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura y en especial a su Director General, Ilmo. Sr. D. José María Soriano Llamazares, y a nuestro amigo y compañero el arqueólogo doctor don Juan Javier Enríquez Navascués, por la buena disposición en la impartición de los permisos y subvenciones recibidas para nuestras prospecciones del SO de Extremadura —1988 a 1990— y las siete campañas de excavaciones efectuadas en el poblado del Castrejón de Capote (Higuera la Real).

Si la ayuda institucional ha sido generosa e imprescindible para llevar a cabo tales proyectos, no menos importante ha sido la aportación privada, que ha facilitado notablemente la divulgación y publicación de sus resultados. Queremos expresar públicamente nuestra deuda de gratitud a la Dirección Nacional del Banco Español de Crédito en la persona de su director, Mario Conde, y en la de nuestros entusiastas amigos los señores don Juan Belloso Garrido, Consejero-Delegado, y don Vicente Sánchez-Cano Hurtado, Secretario General de la Fundación BANESTO, sin cuyo interés difícilmente podría haberse culminado tal esfuerzo en lo que es su máxima renta, la divulgación pública. En tal sentido, semejante apoyo hemos recibido del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, especialmente por el férreo empeño de su director, el doctor Martín Almagro-Gorbea, y del Servicio de Publicaciones de dicha entidad, así como del correspondiente al Vicerrectorado de Investigación y al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma.

No menos importante es la ayuda «sobre el te-

reno» aportada de los Ayuntamientos de Higuera la Real, Fregenal de la Sierra y Segura de León, por las facilidades prestadas en nuestras actividades de campo, realizadas en sus términos municipales; y, como no, a un numeroso grupo de colaboradores locales, encabezados por el profesor don Andrés Oyola Fabián, catedrático del INB «Eugenio Hermoso», de Fregenal de la Sierra, y entre los que no queremos dejar de citar a nuestro siempre inquebrantable compañero don Rafael Caso Amador, de la UNED (Mérida), y a nuestros colaboradores don Rafael Morales Pérez, de Fregenal de la Sierra; don Aurelio Salguero Marín y doña Trinidad Giles Martín, de Higuera la Real; el doctor don Diego Peral y doña Magdalena de la Fuente, de Zafra; don Isidoro de la Maya, de Valencia del Ventoso; don Antonio de la Maya, de Cumbres Mayores (Huelva), y don Juan Manuel Ruiz, de Encinasola (Huelva), quienes, desde sus respectivas localidades, y formando un grupo compacto, han colaborado y realizado nuestras labores de campo, logrando así un impulso inicial en el conocimiento y revalorización histórica de su comarca, que es la nuestra.

Queden nuestras últimos reconocimientos para aquellos alumnos y licenciados de la Universidad Autónoma de Madrid que, desde la ilusión de su

juventud, siempre han estado y están a nuestro lado a la hora de abordar los trabajos más ingratos de una empresa de la envergadura de las actuales excavaciones de Capote. A nuestro recordado Gregorio Sanz, a Inés Maffiotte Martínez, María Paz Martínez Seco, Carmen Ruiz Triviño, Raúl Arribas Domínguez, Ernesto Ferrer y a Mary Louise Mitchell y Carmen Ruiz Triviño responsables de la traducción y del resumen final y de las revisiones generales, como a tantos otros incansables al desaliento, que nos han permitido presentar gran parte del tratamiento de los materiales recogidos en este estudio.

En Badajoz, a quince de noviembre de mil novecientos noventa y dos.

LUIS BERROCAL-RANGEL

(*) Esta obra es una síntesis de la tesis doctoral en Prehistoria y Arqueología del autor, leída en el mes de junio de 1992 en la Universidad Autónoma de Madrid, que, dirigida por la doctora doña M.^a Rosario Lucas Pellicer, obtuvo la calificación de Apto *cum laude* por unanimidad, estando formado el tribunal por los doctores Martín Almagro-Gorbea, de la Universidad Complutense; Concepción Blasco Bosqued, de la Universidad Autónoma de Madrid; Fernando Fernández Gómez, Director del Museo Arqueológico de Sevilla, y Francisco Burillo Mazota, del Colegio Universitario de Teruel, y presidido por el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Bendala Galán, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma.